



Humanismo latinoamericano: la cultura y el pensamiento crítico ante el fascismo contemporáneo

Módulo 8.
La invasión fascista en la Europa del siglo XXI

AGOSTO 2023



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



casa de las américas



CONTENIDOS

A modo de introducción	5
De la crisis de la revolución al neoliberalismo autoritario	7
La desigualdad como dato	9
A modo de cierre	13

OBJETIVOS DEL MÓDULO

Aproximar una lectura sobre las experiencias fascistas en la Europa del siglo XXI como parte del proceso de larga duración que implica la declinación de la modernización capitalista con su promesa de progreso universal y como forma de reacción de sectores medios y más concentrados de la sociedad.

RESULTADOS DE APRENDIZAJE

- Identificar las huellas de las reacciones de los sectores del capital para con las luchas de la clase trabajadora durante el siglo XX, en las experiencias fascistas del siglo XXI.
- Reconocer las relaciones entre el capitalismo neoliberal y el autoritarismo político de perfil fascista para analizar los procesos políticos actuales.
- Analizar los procesos políticos del siglo XXI en Europa a la luz del eje igualdad-desigualdad.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Quien pretenda reaccionar enfática y defensivamente frente al resurgimiento de extremas derechas en Europa y América (del Sur y del Norte), es invitado rápidamente a hacer reposar su indignación en la presunta exterioridad del asunto respecto de la historia reciente. Como si tras décadas de hegemonía de un capitalismo ordenado y tendencialmente socialdemócrata, forjado en los míticos “treinta gloriosos años” que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, nos hubiéramos precipitado a una espiral de sinrazón y autoritarismo. Pues bien, intentaremos sugerir en lo que sigue que el asunto es un poco más complicado. Y lo es porque, lejos de suponer una interrupción de un orden que venía funcionando normalmente, los dramáticos procesos autoritarios y excluyentes a los que nos enfrentamos, constituyen una de las posibles declinaciones de una modernización capitalista cuya triunfante ideología liberal presenta innumerables inconsistencias. La dañada promesa de progreso universal devino crisis civilizatoria.

¿Por qué ahora y no antes? Es una pregunta legítima, y a la vez errada. Es legítima porque nos obliga a pensar la precisa singularidad de esta coyuntura, esto es, las razones por las cuales la exasperación de las contradicciones globales coloca hoy, en el corazón de la agenda pública, el drama de la amenaza concreta del fascismo. Y aquí habrá que pensar en la intensidad y duración de la crisis contemporánea, pero también en la profunda carencia de alternativas, en lo que parece consolidarse como la imagen de un único rumbo posible para el destino del mundo. Pero, decíamos, la pregunta es errada porque nada de esto sucede de un día para el otro. No solamente sus razones se vienen forjando lentamente hace varias décadas sino que,

sobre todo, es imperioso recordar que no es la primera vez que nos enfrentamos a la efectiva combinación entre despliegue del capitalismo neoliberal y autoritarismo político de perfil fascista. Desde el Sur tenemos mucho que enseñar acerca de esto.

DE LA CRISIS DE LA REVOLUCIÓN AL NEOLIBERALISMO AUTORITARIO

Proponemos leer la emergencia y generalización de fenómenos políticos de extrema derecha en Europa (y en buena parte de Occidente) como una radicalización de una ofensiva de las clases dominantes que, aunque aparece con fuerza en los últimos lustros, tiene unas cuantas décadas de historia. Como veremos luego, los primeros experimentos de ello ocurren en el Sur, en particular en América Latina y, en su conjunto, aparecen como una decidida respuesta a las distintas experiencias emancipatorias que se ensayaron en la región. Ello se articuló a su vez con un intento por desmontar las conquistas que las clases trabajadoras habían plasmado en términos de bienestar y, en términos más generales, por asegurar la hegemonía capitalista a nivel global. No tenemos el espacio aquí para ahondar en las distintas experiencias revolucionarias y reformistas que animaron el siglo XX y que en su conjunto implicaron la presencia indeleble de las clases populares en la vida política, tanto como las formas más salvajes de reacción por parte de los sectores dominantes. Sí nos interesa señalar que la ofensiva neoliberal que comienza a articularse entre los años setenta y ochenta es inseparable de esa reacción, de aquél intento por redomesticar a una clase trabajadora que, desde la perspectiva del capital, había ido demasiado lejos.

Un buen modo de comprender este cambio global en las relaciones de fuerza nos lo ofrece un brevísimo texto de ocasión escrito por Eric Hobsbawm en 1990, intitulado “Adiós a todo aquello”. Allí, el gran historiador británico se pregunta por los cambios profundos en la vida del planeta que implicaría la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética entendidas como el cierre de una era que se había iniciado con la

Revolución Rusa, en 1917. No se trata de un análisis de la experiencia soviética, sino más bien de los efectos que ella tuvo sobre Occidente, donde funcionó fundamentalmente como un espectro que asediaba a los sectores dominantes. Miedo al comunismo, miedo a la revolución y, centralmente, miedo a la clase trabajadora movilizada. Es este miedo el que explica en buena medida la relativa estabilidad de las políticas bienestaristas europeas en las décadas sucesivas a 1945. Sin necesidad de detenerse a analizar los problemas de los socialismos reales, lo que pone en juego Hobsbawm es el modo en que ellos operaron en las relaciones de fuerza también al interior de los países de Occidente. La conclusión, dramática y evidente, es que a partir de 1989 nos confrontaríamos con la pérdida del miedo por parte de las clases dominantes.

Es en ese marco que se debe comprender la intensificación de la ofensiva del capital. Hace pocos años William Davies (2016) propuso una eficaz periodización del neoliberalismo. Un primer momento corresponde al neoliberalismo “combativo” corresponde al momento en que se forja como una identidad política fundamentalmente antisocialista (el autor lo sitúa entre 1979 y 1989, desde Latinoamérica sabemos que se lo puede encontrar algunos años antes también) y aparece como una promesa de transformación de la sociedad que contraponía las virtudes del mundo privado a las toscas opresiones de la gestión estatal, remitiendo y reuniendo las experiencias del socialismo real y las diversas formas de política keynesiana en Occidente. El segundo momento, entre 1989 y 2008, es el del neoliberalismo “normativo”. Hegemónico, podríamos decir. Ya sin rival de fuste a nivel político, se despliega exitosamente como una aparente única vía posible de modernización de la vida. Es el neoliberalismo con promesa de vida en común, todavía capaz de esconder las profundas exclusiones que implicaba. Finalmente, en 2008 y en medio de cimbronazos globales, se consuma el viraje hacia un neoliberalismo punitivo, que, envuelto en una crisis producida por su propia pasión por la multiplicación de la deuda, refuerza el discurso de la austeridad e invita a descargar la frustración de las promesas incumplidas sobre las poblaciones más vulnerables. Así, el odio y la discriminación ganan volumen como herramientas de acumulación política.

LA DESIGUALDAD COMO DATO

En el marco del desbloqueo y la generalización de tecnologías neoliberales de gobierno nuestras sociedades sufrieron mutaciones fundamentales. Ello no sólo como resultado de los procesos de ajuste y flexibilización que arrojaron a vastos sectores de la fuerza de trabajo al desempleo y la precarización, sino por transformaciones que operaron al nivel del modo mismo en que esa problemática se encuadra.

La denominada “cuestión social” había nacido de una tensión constitutiva de la modernidad, de una aporía que operaba a nivel de la ciudadanía: al tiempo que se nos prometía el acceso universal a la libertad, igualdad y fraternidad, las sociedades capitalistas han estado fundadas en el principio de propiedad privada. Así, estructuralmente, se trató de promesas incumplidas para amplios sectores. Sin embargo, las instituciones de los denominados “Estados de Bienestar” (nacidos del temor al que hicimos referencia más arriba), estaban llamados, en sus diversas modulaciones. Así, pusieron en marcha dispositivos que, basados en la solidaridad (social, intergeneracional, etc.) sostenían a (casi) todos/as aquellos/as que no podían valerse por sí mismos. En ello se fundaba la posibilidad de la “integración social”, esto es, la conformación de sociedades en las que el lazo social era capaz de resistir y administrar las contradicciones que resultaban de la desigualdad objetiva, conteniéndola.

Este ya no es el caso. Por muchos motivos. Entre ellos, la orientación valorativa hacia la “igualdad” ya no nos interpela. Es, por el contrario, un *dí*svalor frente a la consagración moral de una *des*igualdad fundada en legitimaciones que se presentan como “meritocráticas”.

Tal como ha estudiado acabadamente Thomas Piketty, desde 1980 el incremento del PBI per cápita y de otros indicadores asociados al “progreso social” (por caso, el incremento de la expectativa de vida al nacer o las tasas de alfabetización) han estado acompañados por una notable concentración de la riqueza e incremento de la desigualdad. Pero, en esta coyuntura, la desigualdad no es tan sólo un dato sino un hecho legitimado. La denominada “batalla cultural” ha sido clave en este sentido, pues la justificación de las jerarquías ha encontrado cobijo en discursos “propietaristas” que desconfían de cualquier iniciativa que aluda a la justicia social.

La referencia a la dimensión ideológica o cultural requiere de algunas aclaraciones. No se trata de transformaciones “abstractas” a nivel de las “ideas”, ni pueden reducirse a “ciertos sectores”. Por el contrario, nos referimos a la generalización de prácticas concretas que nos atraviesan y que estructuran los modos en que nos relacionamos y experimentamos el mundo que nos rodea. Al respecto, Francois Dubet (2014) subraya que sin desestimar el peso de los procesos económicos en la hiperconcentración de la riqueza en el 1% (los denominados “superricos”), se trata de una aproximación insuficiente. El régimen de desigualdad vigente se funda también en prácticas banales y cotidianas que lo reproducen. El lugar que elegimos para vivir, la ropa que usamos están regidas por lógicas de distinción que perpetúan y refuerzan jerarquías sociales en tensión con los principios democráticos que sostenemos a nivel retórico.

Así se estructura un mundo social cada vez más segregado que convive bien con un imaginario punitivista sostenido por el miedo al encuentro con una alteridad (vulnerable, racializada, joven) crecientemente estereotipada como “peligrosa” y/o “holgazana”, pero, paradójicamente consumida como clisé (pensemos, por caso, la denominada “cultura urbana” de raperos y traperos). Así, se desconfía de las y los jóvenes precarizados de las barriadas pobres o de quienes reciben planes sociales. Se estigmatiza a las víctimas de los procesos de concentración en nombre de un discurso moral del mérito que los hace responsables de su situación.

Estos procesos se afianzan ante las crisis, como la de 2008 o la del Covid-19, que amenazan el estatus social de sectores medios bajos y medios, generando corrientes de pánico moral, proclives a la emergencia de todo tipo de chivos expiatorios que oficien de blanco para ansiedades y odios.

Pero, trágicamente, estos procesos también se constatan en condiciones opuestas, esto es, las intervenciones que intentan (con mayor o menor

éxito) reducir la desigualdad. En este último sentido son iluminadoras las reflexiones de René Ramírez (2017) sobre el caso de Ecuador bajo las gestiones de Rafael Correa. La mejora social y económica generada por estrategias de desarrollo más inclusivo generaron insatisfacción en tanto acercaron demasiado a las y los hundidos y/o no lograron saciar el deseo de acumulación/consumo sin fin que impulsa y sostiene este estadio del capitalismo: la paradoja del bienestar objetivo y malestar subjetivo.

En relación con esto último, el sociólogo Gino Germani (2003) subrayaba el carácter reaccionario de los fascismos —en sus más variadas formas—, en tanto han estado siempre orientados a lograr la desmovilización de sectores recientemente incorporados a la democracia o al acceso de nuevos derechos. A la luz de los procesos actuales, podríamos agregar, que en algunos casos se trata de derechos asociados a la redistribución y en otros al reconocimiento (Fraser, 2000).

En el contexto europeo, es de destacar que intervenciones más progresivas como el caso de Pedro Sánchez en España, también han sido recibidas con una radicalización de la derecha. Sería pertinente precisar las singularidades con las que en cada caso (Italia, Polonia, Francia, España, Hungría) se calibran frustraciones de corte más económico y social con reacciones conservadoras que polarizan con el denominado neoliberalismo progresista o con movilizaciones sociales orientadas por el igualitarismo. Así las figuras de la alteridad estigmatizada se multiplican (migrantes, varones jóvenes pobres de las barriadas, identidades LGTBQI+, movimientos feministas, etc.) adquiriendo diverso peso en distintos escenarios.

La noción de “neoliberalismo progresista”, que retomamos de Nancy Fraser (2017) nos ayuda a comprender la encrucijada de nuestro tiempo. Con este concepto, la autora intentó dar cuenta de la singular alianza de algunas corrientes de los denominados nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, ecologismo, multiculturalismo y derechos de los LGBTQ), por un lado y los sectores de negocios asociados a las industrias del conocimiento, financieras y/o del conocimiento (Wall Street, Silicon Valley y Hollywood), por el otro. Figuras como las de Hillary Clinton, Tony Blair o José Luis Rodríguez Zapatero simbolizaron algo de aquella articulación, “progresista” en términos culturales, pero conservadora a la hora de discutir el régimen de desigualdad y que, por el contrario, lo hizo posible.

Como respuesta a la crisis de aquél horizonte en 2008, se articuló una suerte de neoliberalismo autoritario que reacciona frente a los denominados

derechos de tercera generación sin alejarse de los principios de competencia y mercado como lógica de organización de la vida. En este sentido, los fascismos del siglo XXI ya no se asocian a las formas de intervención del Estado en la economía que (bajo la lógica de la Razón de Estado) conocieron los fascismos clásicos europeos de entreguerras. Asimismo, su vieja pretensión de defensa de la identidad nacional resulta llamativamente compatible con la más desembozada sumisión a los dictados de la geopolítica norteamericana, que no solamente predomina económicamente, sino que elige también las guerras por librar y los pueblos a los que demonizar.

Esta conjunción entre autoritarismo y neoliberalismo puede resultar sorprendente. Pero sólo si se rastrea su historia reduciéndose al continente Europeo y de modo muy estrecho. Si prestamos atención al estudio seminal de Naomi Klein (2000) sobre la doctrina del shock descubriremos, muy rápidamente que las periferias han servido de experimento para esta singular alquimia. Así, la violencia y la supresión de garantías básicas asociadas a la democracia burguesa constituyen marcas de nacimiento del gobierno neoliberal en las experiencias del Cono Sur. Muy especialmente en el caso del Chile de Pinochet en el que se desplegaron por primera vez las recetas acuñadas por la Mont Pelerin Society.

En ese punto, a la hora de calibrar el crecimiento de la derecha autoritaria en Europa resulta importante, no sólo volver sobre capítulos anteriores del despliegue del neoliberalismo en el centro (y repensar el lugar de figuras como Ronald Reagan o Margaret Thatcher), sino también prestar atención a la interrelación y complementariedad de la experiencia del neoliberalismo autoritario que se ha desplegado anticipadamente en las periferias como "laboratorio". De hecho, el estudio de los fascismos clásicos de entreguerra requiere una perspectiva abierta a trabajar con procesos globales e interconectados. Recordemos que, como nos señala Eduardo Grüner (2010), tecnologías como las de los campos de exterminio desplegados por el régimen Nazi habían sido ya ensayados por las potencias imperiales en sus colonias, y la racionalidad racista que los orientó resulta inexplicable sin tomar en cuenta las tensiones del discurso de la ciudadanía universal nacidas del choque de la conquista, de la relación metrópolis-colonias y de la explotación esclavista.

A MODO DE CIERRE

Mientras redactamos estas líneas, la consolidación de fuerzas y gobiernos de derecha y extrema derecha en Europa (que comenzaron a expandirse tímidamente en el Este del Continente, pero que hoy ya son realidad palpable en países como Italia —donde ya gobiernan—, España —donde podrían hacerlo próximamente—, Francia y Alemania —donde su voz es más que audible en la escena pública y parlamentaria—) se combina con la intensificación de la conflictividad social en Francia. Nos invitan a asistir al levantamiento de las *banlieu* (“suburbios”) con la misma sorpresa con la que nos sugirieron observar el espectáculo del renacimiento de las palabras y los símbolos del fascismo. Pero quizá habría que leer ambos procesos, aún con sus irreductibles singularidades, como *síntomas* de una democracia desfondada, que ha sido incapaz de responder a las promesas que ella misma hizo, y que en la caída de esa promesa pone en riesgo los cimientos mismos de la ciudadanía moderna.

Asistimos así a una crisis urgente del proyecto democrático europeo. Su histórico “lado oscuro”, esto es, los procesos de colonización que sustentaron, a sangre y fuego, su desarrollo, vuelve a aparecer hoy bajo la forma de la sublevación de los excluidos “internos”, aquellos que en la propia geografía europea son marginados por un proceso de hiperconcentración de privilegios que amenaza cualquier posibilidad de emprender serias políticas redistributivas. La sociedad en su conjunto percibe su precariedad y, frente a la crisis de las alternativas emancipatorias, derechas cada vez más extremas presentan alternativas “civilizatorias” como posibles formas de restitución de un orden perdido.

¿Por qué crece la derecha autoritaria en Europa y en el mundo? Quizás debamos producir una torsión en la pregunta para poder asumir mejor los desafíos de la hora: ¿Por qué, ante el incremento brutal de la desigualdad, no se ha consolidado una alternativa capaz de movilizar políticamente apuntando a las razones estructurales que la explican? En este punto, es menester reconocer que una interrogación profunda de la condición de nuestro presente no puede añorar un regreso al mundo del multiculturalismo neoliberal. Así como las formas contemporáneas de fascismo hunden sus raíces en las diversas capas que hacen al proceso histórico, también las luchas populares tienen variadas historias y geografías de las que tomar su inspiración. Si un tenue hilo reúne a los esclavos haitianos de Toussaint Louverture con las periferias contemporáneas de París, la multiplicidad de luchas que constituyeron también el núcleo luminoso de la modernidad europea exigen ser recuperadas y actualizadas a la luz de los diversos escenarios en los cuales hoy la humanidad resiste a las nuevas formas de autoritarismo. Paradójicamente la radicalidad como apuesta (una radicalidad siempre situada en las condiciones objetivas de una coyuntura, de sus contradicciones y su relación de fuerzas) parece la única alternativa para conservar (y recrear) algo de ese mundo que se nos escurre entre los dedos.

LECTURAS RECOMENDADAS

Dubet, F. (2015). *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Fraser, N. (2000). *¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era «postsocialista»*. En Butler, J. y Fraser, N. *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate entre marxismo y feminismo*. Madrid: Traficantes de sueños.

Fraser, N. (2017). *La victoria de Trump: el fin del neoliberalismo progresista*. Instituto Histórico Centroamericano, I Vol. 36, N°. 418-419, 2017, págs. 34-37.

Hobsbawm, E. (1992). *Adiós a todo aquello*. Historia Crítica, 1(6), págs. 5-14.

Sobre los autores:

Martín Cortés: Coordinador del Departamento de Estudios Políticos del CCC. Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires y en Filosofía por la Université Paris 8, investigador del Conicet, Profesor UBA.

Ana Grondona: Coordinadora del Programa Jacques Martin del CCC. Doctora en Ciencias Sociales, Investigadora Adjunta del CONICET, Profesora Adjunta (UBA).

BIBLIOGRAFÍA

- Dubet, F. (2015). *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fraser, N. (2000). *¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era «postsocialista»*. En Butler, J. y Fraser, N. *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate entre marxismo y feminismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Fraser, N. (2017). *La victoria de Trump: el fin del neoliberalismo progresista*. Instituto Histórico Centroamericano, I Vol. 36, N°. 418-419, 2017, págs. 34-37.
- Germani, G. (2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo*. Buenos Aires: Temas.
- Grüner, E. (2010). "La Parte y los Todos. Sobre algunas cuestiones preliminares". En *La oscuridad y las luces*. Buenos Aires: Edhasa.
- Hobsbawm, E. (1992). *Adiós a todo aquello*. Historia Crítica, 1(6), 5-14.
- Hobsbawm, Eric (2017). *Historia del siglo XX*. Madrid: Crítica.
- Piketty, T. (2017). *Capital e ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ramírez, R. (2017). *La gran transición*. Quito: Ediciones Ciespal.
- William, Davies (2016). "El nuevo neoliberalismo", *New Left Review*, Traficantes de Sueños, 101:129-143, Noviembre-diciembre.



institutoideal_



InsitutoIdeal



InstitutoIDEAL1



Institutoideal.la



Instituto IDEAL



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

casa de las américas



centro cultural
de la cooperación
FLOREAL GORINI



IDEAL
Instituto para la Democracia Enfo. ASIA

PATRIA